

## COMO UN EXTRAÑO (Cuento)

---

**M**ONÓTONO y vertiginoso avanzaba el tren desde el altiplano manchego hacia la vega media del Segura, que ya se vislumbraba a lo lejos. Los momentos tantas veces añorados de volver a ver la lejana patria chica se iban a hacer realidad. Parecía como si aquel aire húmedo de la huerta comenzara a invadir de una ansiada satisfacción lo más recóndito de mi ser.

Para mí, Murcia no era mejor ni peor que los otros lugares que, por los azares de la vida, había conocido. Murcia para mí era algo distinto, era un cúmulo de recuerdos de mi niñez y de mi juventud, era un pasado lejano pero dulce, sencillo y lleno de poesía. Por eso tenía ilusión de volver allí, para reencontrarme con una parte de mi vida que no volverá jamás.

Pero las alegrías, para sentirlas plenamente, hay que compartirlas con alguien a quien comunicarle tus sensaciones, y que te comprenda. Yo en esta ocasión iba acompañado de mi esposa, que ni conocía a mis familiares ni a mi tierra.

Ya el esmeralda de la huerta se extendía a un lado y al otro de la vía. Aquello ya me era familiar, y me asomé a la ventanilla para respirar profundos olores de azahar y tierra mojada.

María, mi esposa, observaba sonriente mis muestras de regocijo interno.

— Mira, María, por todos aquellos pueblecitos venía yo con mi padre a comprar fruta con su carro. Nos veníamos de madrugada.

Ella me complacía pacientemente, asomándose conmigo a la ventanilla del tren.

— María, ¿ves aquello que brilla al fondo?— le decía entusiasmado—. Es el río Segura.

— Sí, ya lo veo— contestó ella interesada y sin dejar de sonreír.

Y como si nos fuese a faltar tiempo, comencé a preparar maletas y bultos, con la alegría propia de un niño a la hora de salir de la escuela.

El pueblo de mis padres se veía a trechos allá a lo lejos, entre dos cerros, al final de la fila de árboles de una carretera comarcal.

Presurosos, cogimos todos los cachivaches y maletas para correr a situarlos junto a la puerta de salida al andén.

— No te preocupes, que aquí no te quedas por falta de tiempo— me decía María, con una risa burlona y cariñosa a un tiempo.

Por fin, la serpiente de hierro aminoró la marcha y comenzaron a chirriar las ruedas sobre los raíles. Allí, en el andén de la estación, recorriendo ansiosos con la vista las ventanillas del expreso, estaban Matilde y Rafael, mis primos. Levanté los brazos para que nos vieran y, advertidos, se acercaron jubilosos para abrazarnos y ayudar a llevar el equipaje.

Levanté la vista y miré a mi alrededor para cerciorarme en donde estaba. Parece que fue ayer, pero han pasado muchos años. Muchos desde que dejamos el pueblo para marchar al extranjero en busca de trabajo.

Pero aquella estación si me era familiar. Estaba igual que antes. Allí íbamos la panda de amigos, a la salida del colegio, colocábamos monedas de peseta en los raíles, y a esperar el próximo tren, que las aplastara y quedaran el doble de grandes.

Como salido de mi abstracción, pregunté a mi esposa.

— Bueno María, estos son mis pri-



mos, Matilde y su hermano Rafael, el pequeño de la casa y el único varón. Esta es María, mi mujer.

Se besaron, mientras María apostillaba:

— ¿Lo de pequeño no será por la talla?

Rafael sonreía. Era un mozo alto, recio y de pocas palabras. Matilde era más bien delgada, con unos hermosos y vivaces ojos y un carácter encantador y burión que parlotaba por los dos. De camino a casa fue contándonos cosas del pueblo: los casamientos, las defunciones, las fiestas, y qué se yo de cosas, porque la estación estaba algo alejada del pueblo, por un camino entre huertos y cañares.

— Bueno, diréis que hablo mucho, cuando más bien sois vosotros los que tendréis mucho que contarnos preguntaba jadeante Matilde, dejando un momento sus bultos en el suelo.

— Estábamos esperando que la cro-

nista de la ciudad se diera un descanso —contesté socarrón—. Cuando llegemos a casa, con vuestra madre delante, para no tener que repetir nada, ella que es muy curiosa, os contaremos nuestra vida y andanzas por esos mundos de Dios.

— ¿Y tú María? —dijo Matilde dirigiéndose a mi esposa.

— Claro, para vosotros soy la novedad. Nos conocimos en Londres. Yo estaba en un restaurante sirviendo a las mesas para perfeccionar mi inglés. Conseguí colocarle a él allí mismo, nos casamos y nos instalamos en Valladolid, donde viven mis padres.

— Muy romántico, chico— comentó Rafael, que aún no había abierto su boca—. ¿Sabes que Julia se casó con un dentista que vino al pueblo?

A este comentario siguió un silencio algo embarazoso, que rompió Matilde

dirigiéndose disgustada, al oído de su hermano.

—¡Idiota!

María se quedó mirándoles y yo me hice el distraído.

Ya habíamos llegado a las primeras calles del pueblo, cansados y llenos de polvo los zapatos. Descansamos otra vez y eché una mirada a mi alrededor. Era todo tan distinto, que daba la impresión de verlo por vez primera.

El jardín de mi derecha antes no existía. En su lugar había entonces una pelada plazoleta con un viejo kiosco de tebeos y golosinas a un lado. El moderno edificio de enfrente había sustituido a una vieja posada con poyos para sentarse en la fachada.

Más adelante, al fondo de una pequeña plaza, la ermita del Cristo de los Pobres. Pequeña y vieja, como siempre, que solo la abrían en las fiestas del pueblo, en el mes de octubre.

Después, a unos cien metros y en la acera de enfrente, la Plaza Mayor, con el Ayuntamiento y la parroquia de la Virgen del Rosario. ¡Cuánto habré jugado yo en aquella plaza! Antes era de tierra y ahora está enlosada y con muchos árboles y vistosas farolas.

¡Cómo cambia todo! El encanto de una aldea de la huerta, tan apacible, sin apenas más tráfico que algún que otro carro, nuestra bicicleta y el coche del médico, había pasado al recuerdo.

A la vuelta de la esquina, muy cerca del Ayuntamiento, donde yo viví, había un banco, y junto a él la casa de mis tíos.

La tía Pilar estaba aguardándonos en la puerta de la casa. Se acercó a mí presurosa y, con los ojos llorosos, conteniendo su emocionada alegría, me dio Dios sabe cuantos besos, con la ternura y el cariño propios de ella.

— ¿Tú eres María, no? —dijo dirigiéndose a mi esposa.

— Sí, yo soy María, tía Pilar.

Y se besaron en ambas mejillas.

Pasamos al comedor mi tía ya tenía preparados unos dulces y unas copas. Y nos sentamos, porque cansaba el paseo desde la estación.

Charlamos un rato sobre cosas de otros tiempos, sobre la familia fallecida y muchas añoranzas de cosas y personas: la marcha nuestra del pueblo, lo que trabajamos en el extranjero y la muerte de mis padres. Y entre relato y relato, tía Pilar nos hacía una caricia a María y a mí.

En la primera ocasión, corté aquella retahíla de nostalgias y pregunté por mi prima Toñi.

— Bueno, ¿pero dónde está la novia? Si la veo, seguro que no la conozco.

Ya no recuerdo del todo sus facciones, ni si era rubia o morena.

— Se fue con Julián, su novio, a que les colocaran la lámpara del comedor —contestó Matilde.

— Ya veréis qué casa han puesto —intervino tía Pilar—. Él tiene un almacén de piensos y marcha muy bien. No tardarán en volver.

— Vamos a ver si los vemos por ahí— dije cogiendo a María del brazo—. Después abriremos el equipaje. Hay regalos para todos.

Y salimos a dar una vuelta, a ver cosas y gentes de mi pueblo. Pronto advertí que los lugares conocidos de antes me eran desconocidos ahora, y que las gentes con que nos cruzábamos deberían ser los hijos de mis amigos. ¡Válgame Dios! Si parezco un extraño en mi propia casa. Con la ilusión que yo tenía en volver por aquí. ¿Dónde está el pueblo de mis recuerdos?

Los viejos edificios que antes me eran familiares habían sido sustituidos por cafeterías, bancos o modernos establecimientos. Los jóvenes me desconocían y los más viejos se preguntaban como dudosos:

—¿Será el hijo de Felipe el de la Fruta?

Yo tenía ilusión de volver por aquí y poco necesité que me rogaran cuando me escribieron invitando a la boda a mi prima Toñi, la “mocosa”, como le llamábamos de pequeña.

Haciendo comentarios de este tipo, íbamos paseando María y yo calle Mayor arriba, cuando una mujer, que no me era extraña, se acercaba para cruzarse con nosotros. Nos vio de lejos, bajó la cabeza y aceleró el paso. Aquel andar, aquel rostro, pese a la huella de los años, no podía olvidarlos: era Julia, mi novia del pueblo. Cuando observó que la miraba, se tornó nerviosa y trató de esquivarnos.

—¿Quién es esa mujer? —preguntó María.

No le contesté. Después de cruzarse con nosotros, la seguí con la mirada y pronuncié su nombre, algo inseguro, por si me hubiese confundido.

—Julia.

La mujer quedó inmóvil y, lentamente, levantó la mirada hacia mí.

—¿Eres tú, Adolfo? —dijo, pronunciando indecisa mi nombre.

Sujetando a María del brazo, nos acercamos a ella y le presenté a mi esposa.

—Mucho gusto. ¿Cómo estás? Hace tanto tiempo, que... —dijo Julia, por decir algo, un tanto nerviosa.

—Bien. Hemos venido a la boda de mi prima Toñi y estábamos recordando cosas de mi pueblo —le contesté.

—Sí, claro, recordando —musitó reti-

cente —Mucho gusto, señora. Adiós, Adolfo— dijo cortando en seco la conversación y estrechando lánguidamente nuestras manos.

Mientras quedé mirando como se alejaba presurosa, María preguntó:

—¿La quieres aún?

—No. —contesté tajante— Forma parte de los recuerdos gratos, pero nada más. Bien sabes lo mucho que te quiero a ti, para pensar en otra mujer le dije tranquilizándola, al tiempo que acariciaba sus manos.

Desde el otro lado de la calle, alguien pronunció mi nombre. Era mi prima Toñi con el novio. ¡Claro que nos reconocimos! Cruzó la calzada y me abrazó jubilosa. ¡Lo guapa que se había puesto “la mocosa”!

Nos presentamos, ella a su novio y yo a María, y nos volvimos juntos a su casa, haciendo mil comentarios sobre su boda.

Por la tarde fuimos con ellos a ver su casa. A estas nuevas casas de recién casados no les falta detalle.

Por la noche tuve un sueño intranquilo. Aquella mujer, Julia, no se apartaba de mi pensamiento. De muy jóvenes fuimos novios. Aquello venía desde críos. Yo tenía 17 y ella 15 años cuando nos marchamos del pueblo. Pero en su mente y en la mía grabamos la promesa de que volveríamos a reencontrarnos algún día para siempre. Eran cosas de jovencitos y desde entonces ha llovido mucho, pero en mi interior me atormentaba la idea de que había roto como un juramento.

¡Dios sabe las vueltas que di aquella noche en la cama! No sé, pero presentía que Julia no era feliz en su matrimonio, pese a ser un buen partido. Su rostro lo encontré excesivamente envejecido. Su mirada, triste y cansada, había perdido la

alegría con que yo la conocí. Fijó sus ojos en los míos como un reproche. Y esto me había hecho perder la tranquilidad. Aquella mujer no era feliz, pero no iba a estar esperándome a mí toda la vida. Al principio le escribía a menudo, pero, después, fueron espaciándose nuestras cartas, hasta quedar en una escueta felicitación de Navidad.

Mi esposa había advertido lo incómodo del encuentro con Julia y comprendió enseguida mi inquietud. Por la mañana transcurrió un largo silencio entre nosotros. Ella, siempre tan inteligente, cogió mis manos entre las suyas cariñosamente.

—Pero ¿qué te pasa, hombre? —me dijo animándome—. No tienes que avergonzarte, ni sentirte culpable. Es cierto lo que sospechas, ya me he enterado yo: esa mujer no es feliz en su matrimonio, pero no por culpa tuya. Tú eras un chaval cuando te marchaste de aquí, y ella no se casó antes porque no tuvo ocasión. Promesas de esas se hacen los novios todos los días a cientos. ¿Pues no recuerdas las que me hacías tú? ¿Qué vas a remediar ahora preocupándote por algo que los años y el viento se llevó? —me decía sonriente.

No respondí nada. La miré fijamente a los ojos y la abracé con toda el alma, acariciando con mis manos sus cabellos. Sólo supe decir:

—¡Cuánto te quiero, María! ¡Gracias por ayudarme tanto, cariño!

María se quedó con Matilde y Toñi preparando un montón de cosas para la boda que se celebraría aquella tarde. Yo aproveché para dar un paseo hasta el cementerio y visitar la tumba de mi madre.

En el camino, contemplé el casino, viejo y mal conservado. Con cuatro ancianos leyendo la prensa y otros tantos en

su partida de dominó. Sin el bullicio de otras veces, parecía más bien un panteón. Habían desaparecido las mesas de piedra de mármol que colocaban en la puerta, bajo la marquesina. La marquesina tampoco estaba. Mi padre era uno de los asiduos. Ahora el bullicio de gente joven viene de un “pub” en la acera de enfrente.

El cine, junto al casino, anunciaba en las carteleras la película del próximo domingo, porque ahora ya solo lo abren los días festivos.

Más adelante, la taberna de Pepe el Cojo, con dos escalones de bajada para poder penetrar en ella. Entonces pensé: voy a pasar a saludarle. Estaba el local tal y como yo lo conocí. Solo había unos cuantos viejos jugándose la partida, junto a una jarra de vino y unos vasos. Tras un destartalado mostrador de madera, había un hombre de mi edad, unos cuarenta años, alto y en mangas de camisa.

—¿Desea algo?— preguntó.

—Quería saludar a Pepe el Cojo, soy un amigo que antes vivía aquí.

—Lo siento, señor, pero mi padre murió hace un par de años. ... No le dejé seguir, y le pregunté:

—¿No me digas que tú eres Pascual?

—Y tú Adolfo, ¿a que sí? —dijo alegrándose del encuentro y dándome un apretado abrazo— Siéntate, siéntate que hablemos. ¡Chiquillo, quién iba a figurarse el verte de nuevo por aquí. Y no estás muy cambiado, sabes.

Hablamos largo y tendido de cosas de nuestros años mozos y, cómo no, de Julia, del célebre amor romántico de aquél chico de diecisiete años. En fin, eso era ya agua pasada, como decíamos en mi pueblo.

Salió Pascual a despedirme a la puerta de su taberna, cuando pasaba un señor,

ya mayor, de buena presencia y espeso bigote. Pascual le llamó.

—Don Joaquín, ¿recuerda usted a este amigo?

—Pues no, no creo... —contestó reticente el señor.

—Es Adolfo, el hijo de Felipe el de la Fruta, el asentador —aclaró Pascual.

—¡Ah, ya! Ya recuerdo —dijo dándome la mano fríamente— ¿Acaso has venido a pagar las deudas que dejó tu padre por aquí? Porque a mí...

Sin pensarlo, me abalancé sobre él sujetándole por la chaqueta, mientras Pascual trataba de separarme antes de que cometiera una locura. Al momento ya se habían acercado varias personas que pasaban e incluso salieron los de la taberna. Las palabras tramposo, desgraciado y usurero fueron las más suaves que allí se escucharon, hasta que, nerviosos aún, pero ya más aplacados, nos separaron, marchando cada cual por su lado. Pascual me hizo entrar nuevamente en su taberna, para tranquilizarme.

—No te preocupes, no ha pasado nada, hombre —me decía haciéndome beber un vaso de vino—. La culpa es mía, que no debí...

—Y mía, Pascual. Yo sabía a lo que me exponía al volver aquí. Primero Julia, ahora este hombre, y no me extrañaría que surgiera alguien más —insistí nervioso.

—Bueno, son cosas que pasaron hace mucho tiempo —agregó Pascual— Yo, además, no podía pensar que esto pudiera suceder.

—Si lo grave del caso es que es cierto. Que mi padre se marchó del pueblo lleno de deudas. ¡Pagarlas yo! ¿Y con qué dinero?...

—Tú no hagas mucho caso de estos voceras —intervino Pascual— Además,

mira que si todo lo bueno o lo malo que hizo mi padre tuviera que responsabilizarme yo. ¡Pues vaya herencia!

—Ya, pero da vergüenza y rabia al mismo tiempo, no poder taparles la boca con billetes. —dije bajando la voz y los ojos al suelo. —Estoy trabajando en Valladolid en un establecimiento de electrodomésticos que tiene mi suegro, y algún día prometo que volveré por aquí para arreglar esta situación tan lamentable.

Ya se había hecho tarde y desistí de ir al cementerio. Volví a casa de la tía Pilar como ocultándome de la gente, avergonzado de lo sucedido en la puerta de la taberna con aquel señor.

En la casa apenas si habían notado mi ausencia, ni sabían aún nada de mi altercado en la calle, pues María continuaba con mis primas enzarzadas en asuntos de boda. Aquella casa todo era un ir y venir con cacharros, ropas, flores, pruebas de vestidos... A mí sólo me decían que no estorbara. Y decidí quitarme de en medio y subir a la terraza a ver a mi primo Rafael con sus palomas.

—¡Hola! —me saludó sonriente— A ti siempre te gustaba subir aquí a ver volar las palomas.

—Sí, pero nunca me atrajo tener un palomar.

Y allí estuvimos hasta la hora de comer.

Por la tarde, el trajín en la casa fue mucho mayor que por la mañana, ante la premura del acto en la iglesia.

María, por fin, se dedicó a mí, hasta la salida de la comitiva hacia el templo, escoltando a Toñi, toda radiante con su traje blanco de novia, cogida del brazo de su hermano y padrino.

A la puerta del templo aguardaban gran número de invitados y Julián, el no-

vio, con su madre y madrina, esperando la llegada de la novia, como es preceptivo en estos casos. Esto era una de las pocas cosas que no habían cambiado.

La iglesia estaba casi llena. A los compases de la marcha nupcial, entraron los novios y padrinos hasta el altar mayor, bellamente adornado con flores y gran profusión de guirnaldas y luces.

Yo no quería volver la cabeza, para no encontrarme con ningún desconocido, ni llamar la atención de ningún invitado. Los ojos de Julia, o los de algún acreedor de mi padre, tenía la sensación de que estaban pendientes de mí. Nunca he sido obsesivo, pero esta vez no podía evitarlo, era más fuerte que yo. Cualquier cuchicheo me hacía la impresión que era sobre mí.

A María no le había contado nada de la desagradable escena en la taberna de Pascual.

¡Pobre padre mío! ¡Con lo buenazo que era! Por eso le engañaban todos, por ser demasiado bueno y confiado.

El acto había terminado. Mientras pasé a la sacristía a firmar como testigo, María corrió hacia el cancel del templo con su bolsa de arroz preparada para los novios.

—Lleva cuidado, no los dejes ciegos —le grité—.

Toñi y Julián desbordaban satisfacción repartiendo besos y abrazos a diestro y siniestro. Tía Pilar lloraba emocionada, algo más apartada del bullicio, y María, tras las salvas de arroz, volvió a mi lado complacida de lo bien que había resultado todo con su colaboración.

María y yo, tras dejar a mi tía en casa con Matilde, decidimos dar un paseo y comprar algo típico de allí, para llevarnos a Valladolid.

Nos dirigimos por una calle que con-

duce hasta el río, estrecha y larga, que ahora es calle salón, donde abundan tiendas y “boutiques”. Allí estaba a nuestro paso la escuela en donde yo aprendí a leer y a escribir. Era un edificio ruinoso, cerrado ya bastante tiempo y sin un cristal sano: es la eterna venganza de los chiquillos. Allí nos dijeron iban a construir una biblioteca pública.

Corría paralela a la calle una acequia, ahora protegida por un vistoso pretil, donde nos bañábamos a la salida del colegio.

Entramos en una confitería por unos pasteles de carne, típicos de esta tierra y, al salir, advertimos que alguien nos observaba escudado tras los visillos de un balcón.

—Adolfo —musitó María— alguien nos vigila desde aquél balcón.

—Sí, ya lo sé. Es la casa de los padres de Julia.

Intencionadamente, María dio un giro a la conversación.

—Volvamos, es ya tarde y hemos de preparar el equipaje para mañana.

Al llegar a casa, tía Pilar se quedó mirándome fijamente y, cogiéndome de una mano, me obligó a sentarme junto a ella.

—¿Te crees que yo no me doy cuenta de las cosas? —me dijo seria y triste—. Ya me he enterado de tu encuentro con don Joaquín y con Julia. ¿Qué esperabas si venías al pueblo? Pero has hecho bien en venir. ¿Acaso habéis cometido un delito? Yo esto me lo temía, y tú no te lo mereces, Adolfo.

—Dejemos ya esto, tía. Mañana nos marchamos y todo se habrá olvidado —le dije tranquilizándola—. Ahora sé que tengo el deber moral de ahorrar cuanto pueda para que el nombre de mi padre desaparezca de los libros de cuentas de los usureros.

Mi tía se limpió unas lágrimas y, en silencio, me hizo una caricia sonriendo.

Por la mañana llegaron las despedidas, la promesa de que vendríamos más a menudo, pero que antes tenían ellos que ir por Valladolid. ¡Vamos, lo de siempre en estos casos! Besos, abrazos, despedidas, unas alegres y otras tristes, y los recuerdos a los que no estaban allí.

El tren lentamente iba dejando atrás el paisaje de huertos y acequias y adentrándose en el altiplano seco y extenso. Desde la ventanilla, con un adiós, que fue para siempre, se perdían en el horizonte las casas y los árboles más altos del pueblo. Sentí una cierta melancolía y noté húmedos mis ojos. Tenía la sensación de quien ha perdido una batalla necesaria. Vine a mi pueblo a disfrutarlo, recordando muchas horas felices de mi infancia y mi juventud y me encontré los mismos lugares, pero modernizados o abandonados de viejos. A las gentes de mi juventud que aún vivían, con los surcos del tiempo

en sus rostros y el cansancio de los años en sus vidas. Claro que recordé. Me hicieron recordar la huida de nuestro pueblo, las deudas de mi padre y el olvido de la mujer a la que prometí volver.

La bondad de mi padre también me la recordaron, pero para apostillar que no le sirvió de nada, porque las deudas de gratitud no se apuntan en el libro de cuentas.

Era todo tan distinto de como yo me lo había figurado, que por nada del mundo volvería a vivir al pueblo. Como sueño fue precioso, luego la realidad lo trastocó en pesadilla.

Anoche, al acostarme, me miré al espejo del lavabo y allí lo comprendí todo mejor: yo también era otro Adolfo del que ellos conocían.

Y es que cuando se vive de recuerdos, añorando el ayer, comenzamos a ser viejos sin darnos cuenta.

*Esteban Gómez Orenes*  
Alcantarilla, Julio del 94